

El Salto Cuántico - Capítulo I

Carlos Daniel Marchio

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo I

1.

La escena tenía lugar en un gran salón con forma de anfiteatro que, a pesar de poseer la capacidad necesaria para ubicar a 102 personas sentadas, se hallaba completo casi en su totalidad. El recinto constituía, junto con otros tres de similares características, el ala más importante de la Universidad Astronómica Lunar. En su centro, delante de una enorme pantalla de tela metálica blanca en la que impactantes imágenes del cosmos se sucedían una tras otra, un hombre disertaba acerca de los orígenes del Universo ante la mirada atónita de la mayoría de sus alumnos. Aparentaba contar con alrededor de 45 años, aunque su cédula de identificación personal revelara que se hallaba ya en la mitad de su vida, con 62 recién cumplidos (5). Uno de los pocos rasgos que colaboraba en la insinuación de su verdadera edad era su pelo entrecano. Se llamaba Edward Norton, y era el hijo del protagonista de la mayor catástrofe en la historia espacial: el tristemente célebre Joseph Norton. El profesor del curso número 586 aprovechaba esos, los últimos instantes del ciclo lectivo, para continuar con una tradición personal, charlando acerca de un tema que lo obsesionaba: la refutación de la famosa teoría del Big Bang, a pesar de contar esta aún entonces con un gigantesco grado de aceptación entre los científicos más destacados. En varias oportunidades había tenido problemas con las autoridades de la Universidad por la mencionada actitud, pero él persistía en el intento de abrir la mente de los estudiantes a otras opciones. Norton sostenía incansablemente, entre otras cosas, que el concepto de una enorme explosión producida de la nada "fue creado únicamente por y para mentes conformistas". Que el verdadero problema radicaba en que el ser humano se negaba a aceptar, por culpa de su limitada capacidad de pensamiento, que se hallaba ante algo infinito, tanto temporal como longitudinalmente hablando.

—El Universo es el típico ejemplo de que no todo posee un principio y un final. No podemos negarlo por el solo hecho de que todo lo que conocemos cumpla con un ciclo vital. La gran afección que padece el hombre está dada por su escaso raciocinio, que le impide creer en algo porque simplemente no lo logra comprender... Sus palabras no eran descabelladas, pero igual la mayoría de los presentes (convencidos de lo contrario a lo largo de sus vidas por el resto de los docentes y la sociedad misma) se codeaban entre sí mientras hablaban, efectuando comentarios sarcásticos en voz baja. Otros se permitían esbozar una tímida sonrisa al tiempo que meneaban su cabeza

hacia uno y otro lado, en inequívoco gesto de disentimiento.

Norton no era ajeno a esos comportamientos, pero el hecho no supo condicionar jamás su discurso.

—Es real —continuaba— que todos sus objetos componentes están en constante movimiento, pero ¿qué factor permite aseverar que el Universo entero se expande? ¿Ha llegado el hombre alguna vez al límite del espacio, o tal vez se situó en un lugar arbitrario para contraerlo caprichosamente y manifestar que hace 20.000.000.000 de años toda la materia partió de un mismo punto? Recordemos que en el siglo XX los científicos más respetados hablaban de “15.000.000.000 de años”, porque disponían de elementos aún más precarios que los actuales, que les impedían ver más allá...

A esas alturas del monólogo, ya pocos escuchaban. Segundos después, sonó el timbre grave y prolongado que anunciaba el final de la clase y casi todos abandonaron el recinto, mientras que un puñado de no más de 20 alumnos se dirigía al encuentro del orador para felicitarlo por la forma en que había llevado su curso durante el semestre.

Era precisamente ese puñado el que, a diferencia del resto, valoraba su esfuerzo y no lo condenaba por el error de su progenitor; el que lo hacía seguir adelante año tras año. Tras estrechar la mano de la última persona, el profesor recogió sus cosas y se retiró. Se topó en la entrada del salón con Denis Jackson, una de las personalidades detestables por excelencia del lugar. Jackson era un hombre calvo y gruñón de 102 años, y desde hacía 35 era el encargado de mantener al tanto del desempeño de los docentes al decano de turno.

—Norton, sígame, por favor —el tono de su voz era imperativo y denotaba hastío.

Edward Norton sabía lo que seguiría a continuación. Escotar al odioso personaje por un extenso corredor y luego por el laberinto de oficinas del pequeño edificio principal para desembocar en el Decanato. Era la hora de rendir cuentas.

Luego de una corta caminata y un ascenso de 12 pisos por un elevador casi tan silencioso como veloz, ambos arribaron a una gran sala de puertas automáticas

vidriadas y polarizadas que se abrieron también silenciosamente de par en par en cuanto fueron detectados. Una mujer joven apostada en la entrada tras un amplio escritorio negro de madera artificial, cubierto de papeles y provisto de su ordenador

correspondiente, los observó ingresar e intentó ocultar una sonrisa bajando su cabeza al reconocer al titular del curso 586. “Edward, ¿otra vez tú aquí?”, parecía preguntarle con su pícara mirada.

Continuaron avanzando hasta llegar a una nueva puerta doble de cedro lustrado, que Jackson golpeó suavemente.

—Adelante —ordenó una voz grave y dura.

5) Para esas épocas, el promedio de vida del ser humano se estimaba en

120 años terrícolas.

El viejo palmeó burlonamente el hombro de Norton y este atravesó en soledad la entrada sin siquiera dedicarle una mirada. Tras un nuevo escritorio, visiblemente más amplio que el anterior, lo esperaba el decano John Major, quien con un frío y casi imperceptible gesto lo invitó a sentarse. El recién llegado hizo lo que se le indicaba y aguardó en silencio a que su futuro interlocutor iniciara la conversación, al tiempo que lo observaba con fijeza. Major se tomó un minuto en el que culminó con la tarea de ordenar los documentos diseminados por toda la superficie del mueble.

—Norton —comenzó, mientras se quitaba sus finos lentes—, me informa Jackson que en el día de la fecha ha vuelto, por tercer año consecutivo, a “permitirse” una opinión acerca de los orígenes del Universo ante su curso de turno. Una opinión que dista de ser la que esta institución comparte e imparte. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor, le han informado correctamente.

Major permaneció inmutable, clavando su vista en el rostro del profesor.

—¿Recuerda usted la charla que mantuvimos la última vez que nos vimos, señor Norton?

—Sí, señor, la recuerdo a la perfección. Fue aquí mismo, hace exactamente un año. Sobre el mismo tema.

—¿Qué fue lo que le dije en esa oportunidad?

—Que no volviera a hablar del tema en clase, señor.

—¿Entonces?

El responsable de la institución comenzaba a impacientarse.

Norton se tomó unos instantes antes de contestar. Sustrajo una de las copas con agua que ofrecía la graciosa mesa robotizada que se había acercado sin que nadie la llamase, oficiando de mozo, y bebió un trago.

—Veo que es usted el que no recuerda, señor.

El decano quedó perplejo ante semejante respuesta. Nadie en los ocho años que llevaba en el cargo se había dirigido hacia su persona de esa forma. Se percató entonces de que, contrariamente a lo que él pensaba, no era temido por la totalidad de sus subordinados. Igual, le permitió concluir.

—Cuando usted me lo dijo, le respondí que una entidad tan respetable como esta no podía coartarle a ningún profesor la posibilidad de expresar sus ideas...

—Le advertí qué ocurriría si lo hacía —lo interrumpió en seco Major, apuntándolo acusadoramente con el dedo índice de su mano derecha, temblorosa a causa de la furia que comenzaba a invadirlo—. Voy a repetirle esto por última vez, Norton. La Universidad Astronómica Lunar forma científicos partiendo de una base esencial que es la teoría del Big Bang. El resto del personal docente lo comprende. Me pregunto cuál es su problema.

—No es un problema, señor. Yo soy fiel a mis principios y mis creencias, a diferencia

de buena parte de mis colegas. Todo el mundo le cuestionó a Cristóbal Colón en su oportunidad la aseveración de su teoría acerca de la redondez de la Tierra. Afortunadamente, contó con los medios necesarios para afirmarla.

—¡Suficiente! —gritó el decano, exasperado como cada vez que carecía de argumentos en medio de una discusión—. Le decía que le advertí qué ocurriría si volvía a abrir la

boca y así será. Edward Norton, usted fue elegido para integrar este equipo por sus cualidades sobresalientes, pero ni siquiera sus brillantes calificaciones ni sus recomendaciones me obligarán a rever la decisión que tengo tomada. QUEDA

DESPEDIDO. Tiene tres días para alistar sus pertenencias y abandonar la Luna. Fuera de aquí.

Norton se puso de pie sin pronunciar palabra y sin pérdida de tiempo, luchando por ocultar la sensación mezcla de ira y de impotencia que lo embargaba, y abandonó el recinto escoltado únicamente por la mirada fija de quien hacía tan solo escasos instantes había sido su superior. Desde el inicio de la jornada, sabía que esa sería la suya última ejerciendo la docencia, por lo menos en el satélite terrestre.

Tomó el tren subterráneo que lo depositaría en el enorme complejo habitacional situado dentro del cráter Galileo, en el que convergían estudiantes y empleados de la Universidad, a tan solo 15 minutos de distancia. Durante el viaje y ya en su cuarto, permaneció con la mirada fija y perdida a la vez, desde su ventana, en la enorme cúpula de metal blanco que albergaba a la casa de estudios en la que se supo desempeñar desde 2394, escoltada a su derecha por el edificio del profesorado y a su izquierda por la fábrica que esparcía por ambos recintos el aire respirable, informalmente conocida como "la Caja de Oxígeno". Salvo las construcciones señaladas, tres laboratorios diseminados y la base que la NASA poseía en las cercanías del Mar de la Tranquilidad, el resto de la superficie permanecía virgen, tal como la hallaran los primeros astronautas que en ella descendieron en el año 1969.